

AÚN LLORAMOS O ¿EMPEZAMOS A REÍR?

Leopoldo Zea in memoriam

María Rosa Palazón Mayoral

*Estrella que te asomas, temblorosa y despierta,
Timida aparición en el cielo impasible,
Tú como yo —hace siglos—,
Estas helada y muerta, —mas por tu propia luz
sigues siendo visible.*
Xavier Villaurrutia

Se fue, dejándonos el hueco de no saber dónde está. Del Río Bravo a la Patagonia, sin olvidar el Caribe (*Convergencia y especificidad de los valores culturales en América Latina y el Caribe*), se formó un río llamado *América como autodescubrimiento*. ¿También la sombra de Heráclito se bañó en sus aguas cristalinas? Lo ignoro, pero leímos a Zea y admiramos su *Sentido de la difusión cultural latinoamericana*, porque había sido *largo el viaje hacia sí misma desde el tercer mundo*. Siguiendo el modelo epistémico de la dialéctica de la conciencia americana, nos unimos a la bandera americanista de Zea y a favor de los miserables que defendió aquel hombre de cejas tan prominentes que semejaban gorro tapa ojos. En su juventud trabajó, si no me equivoco, de cartero. Gaos dejaba que cabeceara en el aula porque aquel ritmo de trabajo era agobiante. Hablaré de este doctor-profesor, si bien diferí de su defensa de *La raza cósmica*. Aún discrepo.

En los 60 y 70 habíamos llegado a la etapa de la negación: estábamos hartos de la cerrada educación familiar, escolar, los padres destinaban a sus hijas al matrimonio con gasas y encajes, monaguillos y viandas, mole para todos, servido por la dulce madre devoradora. Estábamos hartos de un periodismo vendido, de la no democracia en los medios de comunicación y de la no libertad en las instituciones políticas. Tradiciones familiares, clasistas, sociales, las enfatizamos con palabras que antes no hubieran salido de nuestras bocas de niñas bien portadas. Cuánta rabia nos apergollaba... Uno gritó, otro escribió una pancarta, y otro se fue de pintas contra el gobierno y se fue de “pegas” carteleras. Después éramos miles. La anomia o enfermedad social estaba a ojos vistas. El ambiente era denso. Zea se pregunta: *Fin del siglo XX: ¿centuria perdida?* Cierto que la anomia o enfermedad social no nos hundía como ahora. Sin embargo, para que renaciera la comunidad había que destruir tantas cosas y había que innovar muchas cosas más. Optamos por las minifaldas y los pantalones. Algunos de mis compañeros de aula han muerto por las drogas. Rebeldía en caída. Carlos Monsiváis armó “El desfile de las

momias”: en el pasillo de la Facultad puso en rigurosa fila y con una pluma en la cabeza, los bustos de los prohombres de la Filosofía, las Letras y la Historia.

Negación tras negación por la alegría momentánea de romper cadenas, sin percatarnos de que corríamos desencadenados por el vil desierto. 44 años después parece que vuelve a encenderse la chispa del optimismo, porque si no, México se hundirá sin remedio en el cementerio de pantanos. ¿Cuál fue y es la tabla de salvación? Durante 40 años he creído que Tánatos se la llevó. El 3 de octubre de 1968, temblando, me presenté en el auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras. Aún no leía el verso de Octavio Paz sobre la “limpidez” sangrienta, nada límpida de la Plaza de las Tres Culturas, de los sacrificios, lavada con bilis, rabia amarilla y negra por la vergüenza. La mancharon “antes de que la limpidez hubiera dicho algo que valiese la pena”. Pero era verdad, no habíamos dicho nada por lo que valiera la pena morir y pasar años en la cárcel. Sin embargo, la esperanza de aquel grito desgañitado, lleno de palabras que nunca habían salido de la boca de las clases medias, me condujo, después de orinar bilis negra, al auditorio: viví la derrota. En el auditorio lo único que se escuchaba era mi solitario eco. Fuimos una generación de estudiantes amable, digna de ser amada (excepto “los orejas” o policías infiltrados y el Yunque, que nos rompía la cabeza). Paradójicamente, fuimos la negación no claramente propositiva, romántica, que aún predica que el futuro comunitario anhelado es lo mejor de lo mejor en el horizonte histórico.

¡Era tan joven (20 años) y ya tenía un contrato en la UNAM, mi segundo hogar! A última hora, tamaño vaga que fui, nunca reprobé, y heme codo a codo con una generación de mi edad, o dos años menos, en mi segunda carrera, la Filosofía. Me gusta mirar las jacarandas y el mural de la Biblioteca Central para aminorar el pesimismo que sentí por desarrollarme en un Planeta Oveja, según decir de Fernández de Lizardi. El ejemplo que me curó en parte mi depresión fue Zea, con *El positivismo y la circunstancia mexicana* y con *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, los cuales disfruté rabiosamente, porque a mí me atormentaron algunos filósofos analistas, poseedores de la Verdad, así con mayúsculas. Mi inclinación ideológica la hice saber en “Democracia y fetiches científicos”, texto sobre este tema en homenaje a Zea. Me ratifico.

La UNAM era mi segundo hogar porque tuvimos como rector al Dr. Javier Barros Sierra. Como director y secretario de la Facultad de Filosofía y Letras fungían Leopoldo Zea y Abelardo Villegas. Cuánto quise a este trío. Pregunté a Eli de Gortari, entonces tras las rejas de Lecumberri, cómo lo trataba su Facultad. Se deshizo en elogios de Zea, y desde entonces quise más a aquellas autoridades no autoritarias. Empero, los de arriba aún eran para mí temibles. Villegas y Zea me llamaron a la dirección: ¡ay bocona, me dije, aunque no quieras cargos políticos debes guardar compostura! Para no ser reprimida. Previamente, a invitación expresa del Dr. Abelardo Villegas, escribí una ponencia para el Primer Congreso de la Asociación Nacional de Filosofía: sostuve que si Salazar Bondy quería explicar la supuesta falta de filosofía en Nuestra América, que primero entendiera que las economicistas explicaciones mecánicas hicieron que Marx dijera que ya no era marxista. A Zea le dije que, estando de acuerdo con su postura, sí habría que superar escollos como el hambre en nuestros terruños para que la educación se incrementara. Me hizo caso en *Fin del milenio: emergencia de los marginados*.

Zea permaneció fiel a *Simón Bolívar, integración en la libertad*. Pero dejemos de lado estas graciosas huidas del inconsciente: regresemos al día del pavor. Entré, pues, a la dirección, ámbito del poder y me encontré con un par de mis maestros sonrientes. Me enteré que comprendieron mi carrera, para muchos esquizofrénica: estudié Letras; me dediqué al rescate histórico-literario de un personaje que fue grande como pensador, me pasé años leyendo libros de historia y periódicos y bandos, y... Zea me animaba por el ojillo de la cerradura con su *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo*, que también se expresó como *Las ideas Iberoamericanas en el siglo XIX*. Largo era el camino de la *Filosofía y cultura latinoamericanas*. Ni la literatura ni la historia, al menos en sus rudimentos, me eran ajenas. Finalmente la semántica me apasionaba, no así los análisis estructurales, anquilosados y pretenciosos: la Filosofía me entraba por doquier y la estudié. Me sentí enormemente reconfortada con su sabia penetración de mis intimidades mentales. A renglón seguido me ofrecieron la asignatura de Filosofía de la Historia. Después de manifestar mi terror pánico, dije: sí, pero me tienen que enseñar todos mis defectos como profesora durante un año completo. Y Abelardo Villegas me señaló mis pifias durante dos semestres. Gracias a los dos.

Zea me liberó anímicamente de clases de filosofía analítica porque la humanidad no es una máquina repetitiva, con el futuro esbozado en el presente, sino que es vida, *autopoiesis*. Aún estamos en aquello de *Filosofar: a lo universal por lo profundo*, en *La filosofía a la altura del hombre: discrepar para comprender, Introducción a la filosofía: la conciencia del hombre en la filosofía*. No sólo acción, sino filosofía de la acción, de la praxis encaminada a cambiar un orden en

que *la auténtica esencia del hombre* ha sido menoscabada”. Ahora se abría la tarea de elaborar *Filosofía latinoamericana o La filosofía americana como filosofía sin más. La filosofía como compromiso de liberación*, tal es *La filosofía de lo americano. Nos ubicamos ante un nuevo humanismo en la encrucijada de la historia*.

Por Lizardi, Zea y otros abracé el nacionalismo centrífugo, ostentando las reales o imaginarias *características de la cultura nacional*, porque quien no se quiere a sí mismo, no quiere a nadie. Cuánto hizo Leopoldo Zea para aumentar nuestra autoestima contra el *Regreso de las carabelas*, es decir, para acabar con las trabas mentales y pragmáticas de los conquistados. Sonó la hora de la *emancipación del neocolonialismo, del Descubrimiento e identidad latinoamericana*. Sí, ¿Por qué América Latina? Escuchen ahora polos de desarrollo mundial, pagados, petulantes, de un arrogante discurso, el *Discurso desde la marginación y la barbarie*, desde la *Conciencia y posibilidad del mexicano*, nada xenófobo ni chauvinista. Zea me llevó paso a paso de México a *Latinoamérica y el mundo*, al internacionalismo de Nuestra América, una periferia enorme. Por este anti-imperialismo del Dr. Zea y por su fama que volaba por el orbe entero, en cada puerto, en cada aeropuerto, en cada estación de trenes y autobuses establecí amistades entrañables. Hago memoria de Ricaurte Soler, Arturo Ardao, Dimas Lidio Pitty, Arturo Andrés Roig, y otros compatriotas americanos que se reunieron en mi departamento. Las nuevas querencias las doy por sabidas. Contra el alzheimer debería releer la *Filosofía de la historia americana* (1978) de mi mentor Zea, porque razón nunca le faltó sobre el protagonismo de *Latinoamérica en la formación de nuestro tiempo*. Díganlo el sur y el este, mientras Europa y Estados Unidos empiezan a desbarrancarse.

Una mención destacadísima merece la Dra. María Elena Rodríguez Ozán, la esposa: su trato afectuoso, tan de amante, enfermera, acompañante viajera, filósofa escucha y dialogante, cocinera y bastón para el bastón de mando de nuestro Zea, nuestro Orfeo y su lira: “Soy el cantor de América autóctono y salvaje: / mi lira tiene un alma, mi canto un ideal. / Mi verso no se mece colgado de un ramaje / con un vaivén pausado de hamaca tropical [...] La sangre es española e incaico es el latido; / y de no ser poeta, quizás yo hubiera sido / un blanco aventurero o / un indio emperador” (“Blasón” de José Santos Chocano). Con el modelo epistémico de la dialéctica de la conciencia americana, nos unimos a la bandera americanista y a favor de los miserables que defendió aquel hombre. ☐

María Rosa Palazón Mayoral. Doctora en Filosofía, investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus libros, cabe citar *Reflexiones sobre estética a partir de André Bretón* (UNAM), *La estética en México. Siglo XX* (FCE-UNAM) y *Antología de la estética en México. Siglo XX* (UNAM). Fue distinguida con el Premio Universidad Nacional 2009 en el área de Investigación en Humanidades.